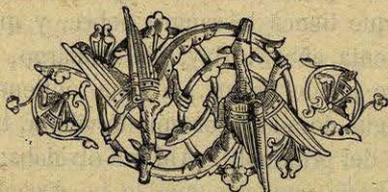


persigan con sus amenazadores zumbidos y le destrocen el rostro con sus emponzoñados dardos! ¡Y vosotras mismas, queridas hijas, cuando se os acerque, cuando os mire, replégad vuestros hermosos pétalos, negadle vuestros perfumes, engañad sus cuidados, defraudad sus esperanzas, que la savia se agote en vuestras fibras, y que tenga el pesar de veros secar entre sus manos y caer convertidas en polvo! ¡Y pueda, ese hombre sin fe, á la vista de vuestras corolas marchitas y lánguidos tallos, secarse él mismo de pena, de despecho, de cólera y de remordimientos!...»



IX

La servidumbre de M. Lemínof se componía de un cocinero francés, de un ayuda de cámara alemán llamado Fritz, y del fiel y robusto Iván. Tenía además á sueldo un jardinero y un mandadero; pero estos no formaban parte de la casa, y cada tarde se volvían al pueblo inmediato donde pasaban la noche.

El cocinero y el ayuda de cámara hacían pocos meses que habían entrado al servicio del conde Kostia. Uno y otro dormían en el entresuelo, y durante la noche todas las comunicaciones con el piso superior quedaban interrumpidas por una gruesa puerta de encina situada al pie de la escalera principal, que el conde cerraba por sí mismo dando doble vuelta á la llave. En cuanto á Iván, su posición no era la de un subalterno vulgar. En su calidad de siervo, era la propiedad, era la cosa de su amo; pero su

inteligencia y su abnegación le habían valido la honra de llegar á ser *su hombre*, un apéndice de su persona, su alma condenada, decía Esteban. Hacía más de treinta años que no se apartaba del conde; en Moscou, ó viajando, le había servido con irreprochable fidelidad; se había visto mezclado en todas las aventuras grandes ó pequeñas de su vida, le había dado especiales pruebas de su adhesión y de su destreza; y lo que es más importante todavía, sin haber recibido la menor confidencia, poseía todos sus secretos y no lo daba á entender. Es un verdadero tesoro para un amo tener un servidor que posee el dón de leer en su corazón, y que no deja traslucir su perspicacia ni por una palabra, ni por una sonrisa, ni por una mirada! Por lo mismo, Iván poseía toda la confianza del conde, y gozaba de esa semi-libertad que es patrimonio de los agentes responsables. Pero desgraciado de él si cometía la más mínima falta! La menor negligencia, el descuido más excusable le exponía á severos castigos, y expiaba cruelmente el honor de su responsabilidad. Á decir verdad, por peligroso que fuera este honor, estaba orgulloso de él, porque Iván tenía dignidad á su manera. No significa esto que en otro tiempo no hubiese deseado su emancipación: había soñado en su juventud hacerse mercader ambulante é ir recorriendo los caminos, pero desde que empezó á encanecer su barba, había tomado gusto á la vida sedentaria, y si su amo le hubiese manumitido, no hubiera sabido qué hacer de su libertad. Sentirse necesario; he aquí lo que constituía su felicidad; y su felicidad era positiva. Tal era el secreto de aquella perpetua sonrisa que tanto daba que pensar á Gilberto. También es necesario advertir que habitualmente, y cuando no tenía nada que reprocharle, M Leminof trataba con humanidad á su siervo. Si el día precedente le castigó con tanto rigor por una falta de que no era responsable, fué porque estaba en descubierto por otras anteriormente cometidas. Seis semanas antes, como se ha podido ver, la infatigable vigilancia de

Iván se había dejado burlar por su prisionero, y Esteban por la primera vez en su vida, había recorrido los campos sin su guardián. Esta imprevista escapatoria causó á Iván tal exceso de desesperación, que el conde Kostia le tuvo lástima.

—¡No te desesperes, hijo mio! —le dijo.—Por esta vez te perdono, pero no transijo con las reincidencias, y al más pequeño pecado que cometas, pagarás doble.

Aun así, después de haberle apaleado, el conde curó con su propia mano sus heridas, testimonio de benevolencia, que sin disputa nada tenía de común. Al día siguiente, cuando el padre Alejo recibió la mordedura del odioso Solón, ¿lavó acaso el conde Kostia con su mano la ensangrentada mejilla del pobre capellán?... ¿Ocurriósele siquiera ofrecerle su bálsamo?... ¡Ah! es que en el *tchin* de sus afecciones su siervo y su limosnero no ocupaban el mismo puesto!

Así pues Iván tenía motivos para no estar descontento de su amo, y los tenía mejores todavía para estar contento de sí mismo. Había en su carácter cierta nobleza natural mezclada de dulzura; sus maneras eran graves y mesuradas; de genio sesudo, jamás ningún hombre libre se respetó tanto. Satisfecho de su suerte, nunca se le ocurriera olvidar sus penas en las sobreexcitaciones de la embriaguez; jamás bebía licores fuertes, pero en cambio tenía una afición decidida al the; el conde Kostia se lo dejaba beber á discreción, y cuando había consumido cinco ó seis tazas, se hallaba en un estado de éxtasis tranquilo gozando plenamente de la vida y de sí mismo. En estos momentos, cantaba con voz pura y melodiosa, acompañándose con la guitarra, una de las canciones populares de su país cuya belleza ha impresionado á todos los viajeros... ¡Pobres nervios enfermos de Esteban, qué dolorosos estremecimientos os causaban ese canto y esa guitarra!... Añadamos que Iván no conocía otra clase de embriaguez, muy común entre la gente servil: nunca se emborrachaba ha-

blando. En presencia de su amo y lejos de él, jamás abandonaba su mesurado porte, y era tan discreto en sus discursos como en su proceder. De robustez nada común, manejando en ocasión oportuna, con incomparable destreza, la hachuela que llevaba siempre suspendida del cinto, capaz, con su ayuda, de construir un barco, un coche ó una casa, según fuese necesario, poseía, sin tener sus vicios, todas las cualidades de cuerpo y de espíritu de los campesinos rusos que serán tal vez uno de los primeros pueblos de la tierra cuando hayan sacudido el yugo de la miseria y de la servidumbre.

No obstante, una cosa apenaba á Iván. Iván era muy sensible, y hubiera querido ser bienquisto de todos los que le rodeaban. Á eso, precisamente, aspiraba su sonrisa. Hubiera dado cualquier cosa por captarse el cariño de Esteban, pero este empeño era problema tan difícil de resolver como la cuadratura del círculo. ¿Cómo pudiera amar Esteban á aquel cuya vista le recordaba sin cesar toda la miseria de su condición, al séide del tirano, al portero de su prisión? Y al decir prisión, no es en sentido figurado. La vida de Esteban era casi la de un prisionero, y si no había rejas en su ventana, era porque daba á un tejado muy pendiente que lindaba con un precipicio, y esto bastaba para hacer inútiles las rejas. El aposento de M. Leminof se hallaba á un extremo de la plazoleta donde desembocaban las dos largas galerías paralelas que conducían, una al torreón de Gilberto, y la otra á la torre cuadrada habitada por Esteban. La galería de la izquierda estaba cortada, á mitad de su longitud, por una gran puerta de encina, como la de la derecha por una puerta de hierro; pero aquella puerta de encina no se abría jamás; sólo tenía practicable un portillo cuya llave guardaba Iván. Á algunos pasos de la puerta se abría en el muro un largo y estrecho gabinete: era el alojamiento del siervo. Á cuarenta pasos de distancia, en el fondo del corredor se encontraba la caja de la escalera de caracol que conducía al aposento

de Esteban, situado en el segundo piso de la torre, y compuesto de tres grandes habitaciones. Esta torre no tenía ningún escape secreto, como la que habitaba Gilberto; no se podía salir de ella más que por el corredor, ni del corredor más que por el postigo. El joven estaba perfectamente guardado. Es preciso advertir que el postigo no se abría sino el domingo por la mañana á la hora de misa, dos veces á la semana á la hora del paseo, y los demás días sólo á la hora de comer, es decir, á la caída de la tarde! El resto del tiempo vivía en reclusión, y para distraerse salía á la ventana y miraba al cielo, ó bien se paseaba como un leoncito enjaulado, á lo largo del abovedado corredor, que recibía luz por dos estrechas claraboyas, y se detenía pensativo, con los brazos cruzados, delante de la enorme puerta de encina, contemplando melancólicamente las hojas, las herrajes y las robustas jambas, que parecían lanzar un reto irónico á sus débiles brazos y á su pobre corazón devorado.

Así, el dominio privado de Iván se componía de una puerta, una galería, una torre y un niño, y nadie cazaba jamás en sus tierras á excepción del padre Alejo, que cada sábado iba á enseñar el catecismo á Esteban durante dos horas. Iván era el único que estaba autorizado para prodigar sus cuidados al prisionero; lavaba y recosía la ropa blanca, y hasta cortaba y cosía sus vestidos, oficio que desempeñaba á las mil maravillas, con hábiles dedos, y natural disposición... Es sabido que en Rusia el hombre del pueblo tiene innatos instintos de elegancia que se revelan en todas las obras que salen de sus manos... Como si no le bastara ser ayuda de cámara, sastre y portero, ejercía también las funciones de ayo, porque M. Leminof, que se ocupaba lo menos posible de su hijo, no daba respecto á él sino instrucciones generales, dejando á su siervo el cuidado de arreglar los detalles. Iván se sentía inducido al uso más moderado de sus poderes, y si hubiese seguido los impulsos de su corazón, el famoso portillo estaría más

tiempo abierto que cerrado; pero sabía por experiencia que en interés de su pupilo mismo, debía atarle corto: su demasiada complacencia habría provocado los rigores del amo y empeorado la suerte de la víctima. El año precedente, repitiéndose los paseos á caballo con demasiada frecuencia, el conde indicó un día que vendería á Solimán. Esto hubiera sido un golpe terrible para Esteban. Solimán, como se lo había escrito á Gilberto, era el único sér á quien quería en el mundo. Otra vez, acudiendo á las vivas instancias del mancebo, Iván consintió en conducirle varias tardes seguidas á respirar el fresco en la terraza. Al cabo de ocho días, el conde, á quien nada pasaba inadvertido, dijo á Iván:

—Hijo mío, á tu amo le ha crecido mucho el pelo, el mejor día voy á mandarte que se lo cortes.

Esta amenaza hizo estremecer á Iván, porque Esteban, que antes se ocupaba poco de su persona, de algún tiempo á aquella parte se había prendado apasionadamente de su magnífico cabello rizado, lo cuidaba mucho, peinándolo y perfumándolo con esmero. Un día que lo contemplaba en el espejo con excesiva complacencia, Iván se sonrió:

—No te rías—exclamó volviéndose con presteza—mira, estos cabellos, ya los ves, son el único lazo que me retiene en el mundo!

¡Cortar el cabello de Esteban! la mano de Iván hubiera temblado al ejecutar tan bárbaro mandato; pero Esteban no creía en sus buenas intenciones. La idea de verse gobernado por un siervo sublevaba el orgullo de este arrebatado joven y así lo demostraba su conducta, pues él, que temblaba en presencia de su padre, trataba ordinariamente con imperiosa arrogancia á aquel sér inferior que le tenía en su poder, y que con la yema del dedo meñique podía doblegarlo como una caña. Sin embargo, como á pesar de sus diez y seis años, y de su triste vida, era más niño de lo que pudiera creerse, acariciaba de continuo la esperanza de dominar á su carcelero, y para ello empleaba medios

cuya ineficacia había reconocido ya más de cien veces. Ora apelaba á argumentaciones que se perdían de vista; ora, y con mayor frecuencia, se encolerizaba prodigándole toda clase de denuestos. Á veces también con la gorrilla inclinada sobre la oreja, bajaba con paso ligero la escalera de la torre, atravesaba rápidamente el corredor, y al llegar al postigo:

—Iván—gritaba con desenfado—ábreme la puerta, y ensilla mi caballo. Vamos, pronto, que tengo prisa.

Iván se encogía de hombros.

—Estáis soñando—le contestaba.

—Y tú, durmiendo. ¿Me has entendido? El tiempo está hermoso; quiero salir, quiero correr, quiero pasar todo el día en el campo.

—«Queréis»—contestaba Iván, moviendo melancólicamente la cabeza.

Ciertamente que esa palabra *quiero* pronunciada por Esteban causaba extraño efecto. Entonces el niño se incomodaba, gritaba, se ponía furioso; y le decía Iván:

—¡No habléis tan alto! vuestro padre os oirá...

Esto le hacía bajar la voz; pero sus expresiones no eran por ello menos duras ni menos violentas. Para terminar, el siervo cogía la guitarra y hacía como que la templaba, en vista de lo cual Esteban huía tapándose los oídos... Estos eran sus días buenos. Había otros en que, concentrado profundamente en si mismo y cediendo al rigor de su suerte, guardaba sombrío silencio y permanecía horas enteras acurrucado en el suelo en uno de los rincones de su aposento, con la cabeza entre las manos, contemplando con los ojos cerrados, los velados é insondables horizontes de su existencia, estremeciéndose ante la idea de que las horas iban á seguir á las horas, los días á los días, y los años á los años, sin producir cambio alguno en la monótona aridez de su destino.

Gilberto jamás tenía conversaciones con Iván. Le veía algunas veces en el gabinete de M. Leminof, pero no ha-

bían cambiado dos palabras entre si desde su primer encuentro en la selva. El honrado siervo, que era inteligente en fisonomías, había sentido por Gilberto desde el primer momento un afecto respetuoso. Sus simpatías fueron todavía más vivas, como se deja comprender, desde que Gilberto intercediera en su favor, y á sus simpatías se mezclaba la admiración, sabiendo como nadie cuánto valor era necesario para hacer frente á su terrible amo, cuando la cólera le dominaba. Á consecuencia de lo que acabamos de decir, odiaba de muerte á Fritz, el ayuda de cámara, por las descorteses conversaciones que tenía con los demás criados tocante al joven secretario. Ese Fritz, cuya estatura no bajaría de seis piés, era un payaso de antecámara, que se creía un personaje. Á Gilberto le afectaban poco su falta de atención y su arrogancia, pero un día el perillán se emancipó de tan rara manera, que dió al traste con su paciencia. Esto sucedió á la mañana siguiente á aquella noche agitada durante la cual Gilberto había experimentado tan diversas emociones. Fritz eligió mal la ocasión. Hay momentos en que el importuno zumbido de una mosca basta para sacar de sus casillas al hombre más cachazudo y más bonachón del Universo.



X

SONABAN las ocho en el reloj del castillo, cuando Gilberto saltó de la cama. ¿Osaríamos decir que mientras se vestía y cuando iba á hacer el lazo á la corbata, tuvo un momento de vacilación? Sin embargo, después de reflexionarlo, la anudó como de costumbre, advirtiendo que ese famoso lazo, tan regular, lo hacía siempre sin fijar en ello la menor atención. Cuando hubo terminado, se acercó á la ventana. El tiempo había cambiado repentinamente; una lluvia fría y menuda caía á plomo y sin